

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernando daba prisa por marcharse. Currita convidó á comer á Martínez y á Jacabo, y ambos aceptaron; más éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiguista con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar á Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de cámara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirólo un momento aterrado. . . . Parecióle una gota de sangre.



VI.

Era al día siguiente Domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habían logrado sustraerse á las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitara de sus servicios, segun su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido.

El Sr. Marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que aun antes de que Damian lograra medio vestirse, sonaron otros dos fuertes repiques, en cuyo timbre creyó reconocer el ayuda de cámara, todas las intemperancias del mal humor que se desborda, y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabellera, abrió violentamente la puerta del despacho, para llegar por allí más pronto á la alcoba, y quedóse parado en el dintel, tieso como un hueso, cuadrado como un quinto, y estupefacto cual si hubiese visto levantarse el sol, en mitad de la noche.

El Sr. Marqués, vestido ya por completo de mañana, hallábase sentado á su mesa de escribir, con una carta cerrada en la mano.

—¿El Sr. Marqués ha llamado?.....

—No he llamado... he repicado trescientas veces—exclamó Jacobo con ira; dominándose al punto, alargó á Damian la carta, diciendo sin mirarle:

—Esta carta á su destino...—La llevas tú mismo al momento... Si no viviese allí esa... señor—que bien pudiera ser,—preguntas al portero donde se ha mudado, y allí la llevas—¿Te enteras?.....

Hizo Damian una muda reverencia, y salió leyendo el sobrescrito de la carta, que era el siguiente:—Señor D. Francisco Javier Pérez Cueto.—Calle de X*, núm. 10.—Tercero.—De-
recha.”

Encogióse Damian de hombres por parecerle el tal Pérez Cueto algun pobre diablo que no merecía se molestase él en llevarle una carta, y Jacobo quedó solo, preguntándose qué se hace un hombre en esta vida, levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó á tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir á Misa, y Jacobo recordó entonces que hacía catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no había oído ninguna.

Sintió entonces cierta tristeza, cierto malestar que aquejaba á pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habían repetido por segunda vez aquella ridícula *broma del sellito* que ahora como entonces había venido á asustarle primero, á irritarle después y á despertarle por último su fogosa é irreflexiva actividad de un momento, á la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentábase entonces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allá en el fondo de su corazón.

Que propio del cobarde es,
Llorar la ocasión perdida.

No la juzgaba él, sin embargo, pasado del todo, puesto que tenía en su poder las cartas

de Garibaldi, que explicaban su conducta y garantían de su persona. Ciertamente que habían perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario, y por su demora propia en entregarlas; más no le faltarian á él mentiras complicadas y habilidosas enredos para explicarlo todo á su gusto, y además, su posición había de variar muy pronto, adquiriendo grande importancia.

Opinión de todos fundadísima era que el buey Apis estaba abocado á ser Presidente del Consejo, en cuanto viniera á tierra aquel Gabinete que ya se tambaleaba, y entonces, ¡eh, entonces! sería él seguramente ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo él la sartén por el mango, podía ya reírse impunemente, así de las burlas como de las amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder desechar su inquietud, no obstante sus razonamientos, decidió, sin embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la estúpida comedia, á la llegada del tercer sellito....

Venían dirigidas las cartas de Garibaldi á un H. °: Neptuno, gran personaje, en las logias, que despojado del tridente, la corona de algas y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria á un don Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los arrabales de la corte: enti-

dad perfectamente desconocida para todo el mundo, tras de la cual, según opinión de algunos, ocultábase cierto personaje famoso que vivió y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba, y había tenido ocasión de comprenderlo en sus tiempos de amistad íntima con el Conde de Reus. A este pues Pérez Cueto escribió Jacobo una carta, en que con frases muy corteses á la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar un asunto de grande importancia; observaba en ella todo un ceremonial masónico, y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H. °: Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta.

Media hora larga había de emplear Damián en ir y volver de casa de Pérez Cueto, y puso se Jacobo mientras tanto á formar en un papelete con las cartas de Garibaldi delante, una especie de croquis de las mentiras y enredos con que había de probar su inocencia al H. °: Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damián en esta operación todavía, é interrogóle al punto con la vista: el Sr. Pérez Cueto estaba en casa, y la carta le había sido entregada.

Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado de negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberración incomprensible, la de aque-

llas gentes que se levantan antes de las doce del día.

—Si viene alguna carta, —dijo á Damián, me despiertas en seguida.....Si no, entra á las dos en punto

Y como ninguna carta vino, entró Damián en la alcoba á las dos en punto, encontrando al Sr. Marqués profundamente dormido. Levantóse éste de muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada, almorzó parcamente y sin apetito, marchóse luego al Veloz, dejando á Damián la orden de llevarle allí al momento, cualquiera carta ó recado que para él llegase.

En el Veloz, disipóse de repente su humor negrisimo, y comenzó á reir y divertirse como un muchacho: Gorito Sardona y Paco Velez, asomados á un balcón, tiraban á los transeuntes un *saquillo*, y púsose Jacobo á ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y cascabeles, y atado con un cordón de seda lo bastante corto, para que no llegase á dar en los sombreros de los transeuntes.

Lanzábanlo con grande fuerza, sobre las damás que pasaban, y asustadas ellas con el ruido, encogíanse prontamente, levantando las cabezas: entónces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvia de dulces y flores: si eran viejas ó feas, sacábanles la lengua con la mayor insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, parecióle á Jacobo muy divertido, y

mandó encargar al punto para el día siguiente, en la Mahonesa, un par de arrobas de *confetti*, especie de bonbones rellenos de harina, con que se apedrean los máscaras en el Corso de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcón, para dirigirse á casa de Currita, donde estaba citado con el buey Apis desde la víspera: cierto Senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, había solicitado de Martínez por medio de la dama una entrevista, y ella apresuróse á ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debían, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podía faltar tampoco en aquella ocasión, al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Alcalá, atravesó la puerta del Sol, y entró por la calle del Carmen; frente á la iglesia de este nombre había parado una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarrado, tocando desentonadamente un Wals de *La Gran Ducha*.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponían al nivel de los segundos pisos, recogía propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas: la multitud reía en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapaleaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del Wals canallesco.

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso á aquel cuadro de arrabal, en que parecía revolcarse sobre el cieno de las calles, el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso á través del gentío, arrimándose á la escalerilla de la iglesia; más detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones cubiertos con pingajientas colchas de zaraza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él, medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo y en su dirección misma, marchaban dos hombres al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro, entre los remolinos de la gente. Llevaba el más viejo una bufanda encarnada que le cubría la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento, y un arete de oro en la oreja izquierda; el más joven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirándolos muy espantado como si quisiera reconocerles

No había duda: era el más viejo un italiano llamado Cassanello, que había conocido él en las logias de Milán, y vuelto á ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Carmen, entróse en el templo

Al pronto no vió nada, sino una gran oscuridad cortada en el fondo por un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba expuesto en la custodia el Santísimo Sacramento. Distinguíase al pié del altar una gran mesa negra, y salía de ella á intervalos un suave clamor, lento y pausado, que parecía contestar á otra voz más enérgica y acentuada.

—*¡Ora pro nobis!*

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con cierto pavor respetuoso, semejante al del profano que se encontrara de repente en el fondo de las Catacumbas, en medio de los divinos Oficios, á lo lejos, oíanse en la calle el Wals de *La Gran Duquesa* y los gritos de la canalla Dió entonces dos pasos á tientas, para salir por la puerta de enfrente á la calle de la Montera, y tropezó con un confesonario arrimado á la pared de la derecha; abrióse al punto la puertecilla baja de delante, y apareció una mano muy blanca pegada á una manga muy negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido, y la puertecilla se volvió á cerrar y tornó á desaparecer la mano, oyéndose una voz pausada que decía en el fondo de aquellas tinieblas:

—Dispense V...—Creí que venía á confesarse

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas palabras, y contestó brutalmente:

—Eso se queda para las viejas

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entonces desde las tinieblas:

—*Vocavi et renuistis* ...

—¿*Vocavi et renuistis*?—preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase.

Y abriendo violentamente la puerta una gran bocanada de aire ensordeció sus oídos con el Wals de *La Gran Duquesa*, apagando por completo el dulce silbo del cielo, el piadoso clamor de la misericordia....

—*Ora pro nobis!*....

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás cuál si le persiguiesen, llegó á casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias, habíale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses antes, al ver vacíos en el álbum del tío Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendría á buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendría que ver algo su vanidad con el asunto de los masones? ¿Habría acaso en todo aquello, algo más que una estúpida broma?...

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus rojos pelitos peinados á la griega y una extraña *toilette* un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de carnestolendas. No habia ido por la tarde al paseo del Prado; incomodábala mucho aquel eterno dar vueltas de los días de Carnaval, expuesta siempre á oír las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia, tras el anónimo de una careta.... ¡Cuántas había escuchado ella an-

tes de salir escarmentada! Quedóse, pues en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito que andaba desmazalado, y ya entrada la noche llegó primero el Excmo. Martínez, y á poco el Senador del Reino D. Vicente Cascante.

Jacobo no habia venido todavía, y disgustada Currita por creer que toda palabra del buey Apis pronunciada á espaldas de aquel amigo querido, era un fraude que á éste se hacía, salió impaciente en su busca. Solía Jacobo algunas veces entrar en el *boudoir* ó en las habitaciones de Fernandito, como persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salón hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Marqués de Sabadell,—dijo.

Tomóla al pronto Currita con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, por debajo del nombre de Jacobo decia: *Urgentísima*.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó.

—Damián la ha traído...—El Sr. Marqués ha estado todo el día esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran al Veloz.....Damián fué allí y el Sr. Marqués habia ya salido; tomó entonces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse al instante muy pensativa y dijo al cabo:

—¿Y el Sr. Marqués no ha venido?

—No ha venido todavía.

—Está bien;—yo se la entregaré cuando venga

Y con la carta en la mano entróse en el *boudoir*, arrugado el entrecejo, la boca fruncida y torvos los claros ojitos. A la luz de la gran lámpara sostenida por el negro de ébano, tornó á registrar la carta por todos lados: era el sobre de rico papel muy recio, no tenía timbre, sello ni inicial alguna, y venia ligeramente pegado con la misma goma de los bordes. Currita introdujo un fino cuchillo de marfil por debajo, y el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venía dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes, cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algún timbre ó algún nombre. En breves renglones decía: “La cita que me pide, me compromete mucho; pero cedo á los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche de doce á una, en la calle de X.**, número 4, principal, derecha.—Silencio y discreción.—No diga al portero mi nombre: pregunte por la señora de Rosales.—N.”

—¡Qué delicia!—murmuró Currita: y mordiendo los labios hasta hacerse sangre, volvió á leer por dos veces la carta, sentándose antes en su butaca.

Quedóse luego pensativa breve rato, sin que denunciase su alteración más que un imper-

ceptible temblorcito en la mano que sostenía la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de la ninfa Calipso, orgullosa, placentera, rebozando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones: era mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Séneca, terrible é imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un momento de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venian en la carta; volvió á leerla por cuarta vez, y la metió de nuevo en el sobre, tornando á pegar éste con una poca de goma. Mantúvola un momento al calor de la chimenea para dar tiempo á que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entónces llamó á Kate.

—¿El Sr. Marqués de Sabadell ha venido?...

—Ahora mismo acaba de entrar y está en el salón con los señores.

Ahí encima debe haber una carta.....Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se dirigió á la puerta; mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver á nadie el juego de sus cartas, díjole con voz muy displicente y quejumbrosa.

—Mira, hija—prepara-me ántes una dosis de antipirina... ¡Me está barruntando una jaqueca!

Volvió Kate á poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharita, la medicina pedida.

—¿Has entregado la carta?—preguntó Currita.

—Como dijo la señora Condesa que trajese antes la antipirina....

—Pues anda, mujer...—¡Si dice en el sobre urgente!....

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina, y dirigióse muy de prisa al salón azul, donde acababa de entrar Jacobo. Quería ella ver de cerca la impresión que causaba á éste la lectura de la carta: un momento después, presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse á ella Jacobo con grande ansia, y sin mirar apenas el sobre, rasgóle en dos pedazos.....Currita le devoraba con la vista, más no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfacción alguna; observó tan sólo una gran ansiedad mientras leía, y luego una honda preocupación que le duró toda la comida. A veces charlaba largo rato sin cesar un punto, con cierta excitación nerviosa que prestaba brillantez á su conversación, y alarmaba á Currita: otras enmudecía de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apenas atención á lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; había comprendido desde luego que aquella extraña carta era la del H. O. N. Neptuno, porque á nadie sino á

éste había pedido él cita alguna; más extrañábase por lo mismo la singular manera de su redacción, y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su caracter masónico, y hacerle aparecer tan sólo como una cita galante y misteriosa, según la había juzgado ya, engañándose por completo la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaría algun lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, esforzóse por creer lo que mas halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos; que en todo aquello había tan solo una broma impertinente y ridícula, que había que apurar hasta el cabo, y que la carta de Pérez Cueto era el chasco de carnaval que debía coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupación que la lucha de estas ideas le causaba, dijo á D. Casimiro Pantojas, que se hallaba á su lado:

—Diga V. Pantojas...—¿Qué significa *vocavi et renuisti?*.....

—Miróle el bueno de D. Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder relucir su erudición, contestóle al punto:

—Significa literalmente *te llamé y me rechazaste*.....y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor á los pecadores empedernidos que resisten á su misericordia.

Echóse Jacobo á reír, y Currita le preguntó con malicia:

—¿Piensas hacer en el Senado alguna homilía sobre ese texto?.....

—No pienso yo hacerla, sino que me han hecho á mí esta tarde,—contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos pormenores, contó la escena del confesionario en la Iglesia del Carmen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo: según él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Carmen, y atravesó por la Iglesia para salir á la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura, y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, dijo con gran prosopopeya é hinchazón sentenciosa:

—Pero noten ustedes cómo en medio de lo ridículo del caso, resalta siempre la soberbia y la insolencia del clero.....¡Siempre disponiendo de los rayos celestes como si Dios les hubiera dado á ellos la llave!... Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo repetiré otras ciento; la dureza y la intransigencia del clero, es lo que está carcomiendo la Iglesia de España.

Y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, para enardecer el celo de la casa de Dios que se lo comía, comióse él una pechuguita de perdiz con gesto de pesar profundo.

A las once de la noche, el palacio de Villamelón parecía por extraño caso, la morada de la quietud y del silencio: la señora Condesa se había retirado muy temprano á sus habitacio-

nes á causa de una fuerte jaqueca que la molestaba desde la tarde; y el Sr. Marqués habíase acostado también, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa servidumbre, libre de toda traba y segura de no ser echada de ménos, habíase esparcido acá y allá, por los numerosos centros de diversión que ofrecen en Madrid las noches de Carnaval, á las gentes de todas raleas.

No dormía, sin embargo, todo el mundo en la casa: á las once y media abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardín pegada por dentro al invernadero, y salió á la calle cautelosamente un bulto negro que cerró por fuera y se alejó rápidamente guardándose la llave.

Era una mujer enmascarada, que á pesar de sus altos tacones y de la especie de gran florón de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecía muy pequeña: llevaba sobre un vestido corto de seda negra, un amplio domino de igual color, y abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica talma de pieles grises.

La incógnita cruzó rápidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno, y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró á todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa de máscaras que se dirigían á los bailes, transeuntes que iban de un lado á otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos, había tres simones parados, dormitando